

JUAN SOTO IVARS

**AJEDREZ PARA
UN DETECTIVE
NOVATO** 

XVIII PREMIO DE NOVELA
ATENEO JOVEN DE SEVILLA

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de honor), Luis del Val, Miguel Cruz Giráldez, Miguel Ángel Matellanes, Fernando Marías, María Prior y José Domínguez León. La novela *Ajedrez para un detective novato*, de Juan Soto Ivars, resultó ganadora del XVIII Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.

Primera edición: 2013

© Juan Soto Ivars, 2013
© Algaida Editores, 2013
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-963-9
Depósito legal: SE-1856-2013
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE. EL NOVATO	
Un detective legendario	15
Nacido de la basura	21
Yo era negro y luego era blanco	27
La buena vida empieza con un buen tajo en el cuello	33
Un pato de goma boga sobre las aguas proce- losas del infierno	41
Los tres Reyes Magos de Oriente	47
Ejercicios para la memoria	59
Led Zeppelin y caballos de doma	65
A unos labios de la muerte	73
<i>Te doy mi corazón</i>	81
Piloto de color rojo preciso	91
La mentira de las huellas dactilares	97
Jaurías de putas	105
Una broma	113
Baile <i>agarrao</i> con la muerte	121
El peso de la sensibilidad	127
Poniendo en práctica las prótesis	135
El mundo gira mientras duermes	143
Vida universitaria	149
Otra vez el piloto rojo	157
Patricio Cueto	163

Macrodiscoteca Viuda de Gómez	171
Teorema de Truman Capote	181

SEGUNDA PARTE. EL MAESTRO

El honor del detective	191
Las debilidades del maestro	199
El asunto de los <i>ninjas</i>	207
Conexión espeluznante	219
Mutantes.	229
Insomnio	235
Las tapas del alcantarillado vuelan en la oscuridad	243
Los homenajes son para los muertos	249
La niña voraz apoya la cabeza en mi hombro.	257
Las preguntas equivocadas	265
Fumadora compulsiva	277
Los velos caen	285
Habla la intuición	291
Una boa entre conejitos	295
De cómo obtuve mis canas prematuras	301
Vagina Dentata	313
Estadísticas	325
George Washington	331
Epifanía	341
Ajedrez para un detective novato	351
Epílogo	369

TAMPOCO INTENTARÉ ROTURAR EL campo de lo humorístico, porque todos los campos espirituales son infinitos e inconmensurables y no se sabe de ellos sino que limitan: al norte, con la muerte; al sur, con el nacimiento; al este con el razonamiento, y al oeste, con la pasión.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

*Para Diana Barnés y Alejandro García Ingrisano
este discutible regalo de bodas. Porque con su amor
dan ejemplo a nuestra cínica generación.*

Primera parte

EL NOVATO

UN DETECTIVE LEGENDARIO

LAS MUJERES DE LAS QUE ME HE ENAMORADO TENÍAN algo en común: el sentido del humor. Todas se reían de mí. Pero hubo una excepción en la época en que me convertí en un detective: tenía una novia tan ninfómana que no encontraba tiempo ni para reírse. Hablaré de ella más adelante, pues su destino fue vital para el desarrollo de esta historia.

Qué años locos. Ésta es una frase que los viejos decimos muy a menudo pensando sobre la juventud, y yo he llegado a cumplir muchos años, lo cual no deja de ser un milagro o una constelación entera de milagros. Si Dios existe, está claro que no me quiere ver por sus dominios. Tiene sentido que así sea porque he matado a mucha gente.

En aquel tiempo todavía no había matado a nadie. Mi vida se había metido en lo que me parecía un callejón sin salida. Yo era un negro, y después de la noche en que comienza todo este tinglado dejé de serlo. Mi piel era tan blanca como la de cualquier otro español que no sea un político de los que veranean en cápsulas de rayos ultravio-

leta. Si digo que era negro es porque escribía novelas y las firmaba otro.

Quizás los más jóvenes no recordéis cómo triunfaban en esa época las novelas policíacas. Su lectura era un asunto tan masivo que el negocio editorial estaba en su apogeo. Cada mes salían de las imprentas bosques enteros convertidos en novelas. La mayor parte estaban impresas en un papel tan barato que frecuentemente lo más negro eran las líneas, emborronadas e ininteligibles porque se transparentaba el dorso de la hoja. Cualquiera persona que deseara tener amigos necesitaba estar al día del desarrollo de las tramas policíacas de estos librecitos. No se hablaba de otra cosa. No se pensaba en otra cosa. Su influencia hacía que proliferara el crimen y también los detectives quijotescos. Si cada época tiene un héroe, en aquel mundo oscuro y peligroso había uno en España cuya popularidad superaba a la de los políticos, los actores, los físicos e incluso a la de los hombres más admirados y respetados de cualquier sociedad civilizada: los futbolistas.

Este detective legendario era Marcos Lapiedra. Su figura estaba iluminada por el fuego de muchos muertos. Había amasado una grandiosa fortuna resolviendo calamidades. Corría en coches descapotables y los incendiaba si no encontraba aparcamiento, los bomberos le perseguían. Era un conversador admirable, pero no necesitaba hablar con una mujer para que ella cayera rendida. Aquella noche en que vi a Lapiedra por primera vez, me llamó la atención esta disposición permanente al cortejo y cómo las mujeres caían rendidas de amor sin que él tuviera que hacer nada. Parecía un asunto sobrenatural, pero era su

carisma y su leyenda que trabajaban por él para ponerle cualquier falda al alcance de la mano.

Le conocí en una cena estrambótica que organizaba el magnate Claudius Baraka. A la cita acudió un tropel de mujeres adineradas que hubieran estado dispuestas a inventar crímenes e intrigas para retenerlo con ellas. No era la primera vez que le ocurría, como supe más tarde. Muchas mujeres se cargaban al marido y escondían el cadáver enterrando los pedacitos en extensiones terribles. Lo hacían porque deseaban a Lapiedra. Después de ocultar la dispersión de los cuerpos, se duchaban, se aseaban, elegían su mejor vestido. Luego iban al despacho de Lapiedra y lloraban, explicaban que su marido había sido secuestrado y ponían el dinero encima de la mesa. Lapiedra terminaba hallando los trozos de los maridos, pero entre tanto las viudas asesinas podían verle a diario y estar con él. Eventualmente Lapiedra se follaba a alguna viuda que le pareciera muy atractiva. Tenía preferencia por las mujeres gruesas. Mucho más adelante, Lapiedra me diría que un buen culo es el que no cabe en una silla. Que las sillas son para los culos mediocres. Pero lo cierto es que lo vi ir también con chicas delgadas, porque Lapiedra era muy vanidoso y no le gustaba que lo vieran siempre con gordas. El detective le hacía el favor a su imagen pública yendo del brazo de jovencitas neumáticas y proporcionadas y así su leyenda resplandecía y venían a él las gordas, a las que amaba en secreto.

Como decía, muchas viudas asesinas troceaban a sus maridos y desperdigaban los restos para que Lapiedra tardase mucho tiempo en encontrarlos. Habrá quien

se pregunte por qué hacían esta barbaridad. Bien, conviene explicarlo: él alquilaba una cuadrilla de perros cazadores y los soltaba por el llano de la muerte. Los perros escarbaban la tierra y se comían a los maridos muertos pero siempre quedaba algún hueso, alguna evidencia. Lapiedra sabía que una evidencia es subjetiva pero poderosa, y con una tibia cubierta de tierra y mordisqueada y un interrogatorio, mandaba a las viudas al presidio o a la horca, y al final ellas morían felices o se pudrían en las catacumbas de la cárcel para mujeres y jamás olvidaban que durante una semana o dos pudieron ver a Lapiedra todos los días.

El relumbrón del detective era tan grande que yo también tenía miedo de conocerlo aquella noche en la que el rumbo de mi vida tomaría un camino intrincado e imprevisible.

Una semana antes, el escritor para el que yo trabajaba recibió una invitación. Todavía la conservo.

Don Claudius Baraka se complace en invitarle a la agradable velada en la que al menos uno de los invitados o miembros de la servidumbre será asesinado, poniendo a prueba al gran detective Marcos Lapiedra, que será el invitado de honor. Disfrutaremos con sus pesquisas y tras la resolución del misterio se procederá al brindis.

P.S.: Avise por favor si usted es vegetariano o alérgico a algún alimento con la debida antelación.

Él ya había hablado muchas veces con Lapiedra, que le había entregado incluso un premio literario por una no-

vela que yo escribí. El escritor quería que conociera al detective porque pensaba que su influencia sería buena para mis novelas, es decir, para sus novelas. Para explicaros cómo conocí a este escritor, cómo me contrató y por qué languidecía mi vida bajo su sombra como una maceta metida en un armario, antes tendré que hablar de mi infancia. Nunca me ha resultado fácil hacerlo.

NACIDO DE LA BASURA

DIREMOS QUE SIEMPRE HE TENIDO UNA RELACIÓN muy estrecha con el crimen, puesto que a mis padres los mataron cuando yo era poco más que un feto. Los asesinó un pistolero a la puerta del hospital el día en que mis padres me sacaron de allí, después de que el médico y las comadronas me hubieran sacado de otra parte más estrecha. El pistolero era Juan Carmona, un tipo obsesionado con poner freno a la superpoblación y salvar la seguridad social de la amenaza que representa un país superpoblado. Se ponía en la puerta del hospital y le pegaba un tiro al primer enfermo que le pareciera un chupóptero. Después, huía a tal velocidad que tardaron algunos meses en capturarlo.

Mis padres, por lo que he podido ver en las fotos, eran una pareja de seres melifluos y quebradizos. Este aspecto tan pálido, tan delicado, le debió parecer a Juan Carmona un síntoma de que estaban abusando de las prestaciones de la seguridad social. Se los quitó de en medio y el carricoche donde me habían puesto se deslizó calle

abajo hasta dar con unos contenedores, y allí debí de permanecer berreando hasta que me encontraron las monjas.

Mi estancia en este mundo, que no creo que vaya a prolongarse ya mucho más, comenzó así: pegada a las tramas, al crimen y a la investigación. Durante mi infancia en el orfanato me hicieron creer que yo había nacido de la basura, o eso es lo que entendí. Más adelante supe que generalmente la basura no procrea, no produce hijos humanos, y más bien al contrario hay muchos humanos que al procrear producen auténtica basura. Pero en esa ingenuidad de la niñez estaba convencido de que a mí me había parido un cubo lleno de bolsas y las buenas monjas se habían hecho cargo de mí.

Las monjas de mi orfanato eran muy bromistas y no quisieron aclarar este engaño porque les proporcionaría risotadas descomunales. Ninguna conservaba su verdadero nombre, pues los moteles eran obligatorios y perpetuos en aquella orden religiosa. Creo que hoy día ya no existe ni la orden ni el orfanato y todas esas esposas de Cristo han sido barridas por la escoba del tiempo, aunque nunca he tenido la intención de comprobarlo. Lo único que recuerdo de toda mi educación religiosa es que si Dios está en todas partes, es imposible no cagarle encima.

Pero las cuestiones religiosas quedaban en un segundo plano. Mi creencia más arraigada consistía en que mi madre era una bolsa de inmundicia. Por fortuna los niños tienen la manía de crecer y empiezan a cuestionarse ciertas ideas. Diría que existe una especie de célula de alarma dentro del cerebro de los niños: la que se empecina en creer que los padres son seres benéficos. Aunque sabía

que no eran humanos, mi imaginación trataba de otorgar a esas bolsas de basura cualidades amables. Mi mente empleaba los medios de que disponía: mi madre era una bolsa verde bien anudada y tenía la cara de sor Milana, que era la monja más guapa, y mi padre era una bolsa negra con la cara de sor Lullaby, que tenía el bigote más espeso de todo el cotolengo.

En estas andaba cuando cayó sobre el orfanato una noche ventosa. Yo tenía mucho miedo y nueve años. Las persianas de mi celda traqueteaban como si un tren en miniatura pasase sobre ellas. A las monjas no se las podía llamar por la noche si uno tenía miedo. Era una de las diferencias entre vivir en un orfanato y en casa con los padres, y con nueve años era la más molesta para mí, que siempre estaba asustado por alguna cosa. Temblando bajo las mantas ásperas, oí una voz en mi cabeza:

«No eran basura. Murieron. Tus padres. Los mataron. Pero yo estaré siempre contigo».

Fueron las primeras palabras con las que mi intuición se comunicó conmigo. Oí una voz femenina muy clara, una voz con una dicción perfecta, parecida a la que anuncia las paradas en el metro o informa sobre las ofertas en El Corte Inglés. No recuerdo si el miedo desapareció, si dejé de temblar. Sólo sé que quería volver a escuchar esa voz, así que pregunté:

—¿Quiénes eran mis padres?

Pero sólo recibí silencio como respuesta. Supongo que me dormí y desperté al día siguiente, y que pasaron los días de la infancia a la manera mansa y repetitiva en la que transcurren dentro de los orfanatos. Eran jornadas re-

pletas de actividades y de estudio, pródigas en jugarretas de las monjas y con algún mimo de sor Mordor, la más cariñosa, a la que habían apodado así las demás porque era negra y tuerta.

La voz de mi cabeza tardó algún tiempo en volver a sonar. Quizás pasaron dos o tres años, eso no lo recuerdo. Pero cuando la voz regresó, lo hizo para quedarse.

Esta especie de Julia Otero me explicó qué había pasado en la puerta del hospital pocos días después de mi nacimiento. Siguió hablándome cuando le venía en gana y a lo largo de mi vida no sólo me ha salvado el pescuezo en ocasiones incontables, sino que me ha permitido vivir muy bien. Sin embargo, si usted cree que se trata de una voz dócil que responde a mis preguntas, va a tener que replantearse algunas cosas de su visión cosmológica, al menos en lo tocante a este asunto. Suena cuando quiere, a capricho, como se verá a lo largo de esta historia. Ni aún hoy, en la recta final de mi vida, he llegado a entender cómo funciona ni cuáles son sus motivaciones.

El viento de aquella noche de la infancia en que mi intuición resonó por primera vez, ¿dónde habría ido? Viaja sin parar y no va a ninguna parte. Se desmocha en la cima del Everest y se lanza al universo, o termina en las faldas de una chica, riza alguna ola, muere. Existen fotos donde el viento despeina a alguien y queda así materializado, se trata de cortinas convertidas en ondulaciones. El de las fotos es un viento permanente, viento que encontré una foto donde quedarse. Mueve molinos, así que vive en la harina. Lleva los barcos, así que está esperando en un puerto y anima a los marinos en el aburrimiento de las lla-

nuras azules. Hace que se te meta tierra en el ojo, de manera que también habita la conjuntivitis y, por tanto, en la cuenta corriente de los oftalmólogos. Pero ese viento de mi infancia que tanto miedo me daba, ¿en qué quebrada habría firmado su desaparición?